

Capítulo 1: Guardia

Los aullidos —más que gritos— que llegaban desde la guardia le impedían concentrarse.

Por simple necesidad económica había aceptado esas dos guardias semanales en el servicio de Diagnóstico por Imágenes, especulando con que, en ese horario —de ocho de la noche a ocho de la mañana—, habría poco movimiento. La idea era aprovechar el tiempo: seguir estudiando las imágenes que, tiempo atrás, le había enviado a su maestra, la profesora Vera Kublitz. Y, si podía, sumar nuevos casos.

De Kublitz hacía rato que no tenía noticias directas. Apenas un mail acusando recibo de las resonancias y, días más tarde, otro en el que le contaba que estaba tramitando un permiso de investigación en la Humboldt-Universität y en el hospital de la Charité —el equivalente a nuestro Hospital de Clínicas—, ambos en Berlín. Después, silencio.

Aun así, su nombre —Gabriel Pérsico— aparecía periódicamente en publicaciones científicas de neurofisiología, casi siempre firmadas por Kublitz, que lo mencionaba como co-descubridor.

La noticia de la construcción del integrador —un dispositivo capaz de vincular las mentes humanas, liberándolas de conocimientos y habilidades redundantes y expandiendo de manera exponencial las capacidades cognitivas de quienes se conectaban— apenas había ocupado la primera plana de La Voz del Interior durante un día. El programa del “Lagarto” Guizzardi, en El Doce, le dedicó unos pocos minutos; lo mismo ocurrió en la grilla de Radio Universidad.

Después, nada.

O casi nada.

Porque, de manera silenciosa, empezaron a aparecer las estaciones de vinculación. Primero en Buenos Aires; luego en Córdoba, Rosario, Mendoza... hasta cubrir el país entero sin estridencias.

Nadie parecía prestarles demasiada atención. Las penurias económicas, la inflación indomable, el cierre de industrias y hasta el resultado del último Talleres–Belgrano acaparaban toda conversación.

Sin embargo, en voz baja —casi con vergüenza—, muchos acudían a vincularse.

Todos los que podían permitírselo.

Los beneficios eran demasiado evidentes: una mejora brutal en la cognición, en la memoria, en la velocidad del pensamiento. Lo suficiente como para justificar otra deuda más en las tarjetas ya al límite.

Pero pocos lo admitían.

Por esa vieja costumbre argentina de fingir pobreza, incluso en la bonanza.

—¡Así no se puede trabajar! —masculó irritado, cerrando de un golpe seco la notebook y levantándose de un salto para subir a la guardia. Solo quería ver qué estaba pasando.

La sala de espera estaba casi vacía. Solo un par de borrachos ocupaban las sillas, pendientes de que se disiparan los vahos etílicos. Pero los gritos que llegaban del consultorio subían en intensidad con cada paso. Al asomarse, vio a Claudia, la médica de guardia, tratando de sujetar al hombre que se retorció en la camilla, bramando de dolor. Sus manos temblaban, pero no aflojaba.

—¡Qué suerte que subiste! —exclamó—. Ayúdame, que ya no doy más con él.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasó? —preguntó, torpemente intentando sujetar las piernas del paciente.

—No sé exactamente. Lo trajo uno que no quiso dar su nombre... solo dijo que se había caído del barco. Supongo que en el Lago San Roque. Por los golpes, parece que se cayó al muelle de cemento, no al agua —rió nerviosa—. Hasta ahora, hay una luxación glenohumeral y fracturas diafisarias múltiples de metatarsiano.

—¿Y por qué no le ponés morfina?

—No puedo. Primero, porque se mueve demasiado; imposible ponerle una vía. Segundo, parece tener alcohol de más... solo olelo. Y tercero, y más importante —dijo señalando el pliegue del codo izquierdo. El hematoma cubría toda la región, sin ocultar las marcas de múltiples pinchazos.

Pérsico miró con atención.

—Claro —dijo, bajando un poco la voz—. Si es adicto a opioides, la morfina no le va a hacer ni cosquillas. Y si está en recuperación, lo mandamos para atrás.

—A ver, sujetámelo un momento, que le hago la exploración pupilar. Necesito ver si se cayó por el pedo o si tiene un episodio cerebrovascular. Después le metemos un diazepam y te lo mando para abajo a revisar los huesos.

Pérsico lo sostuvo mientras Claudia pasaba la linterna sobre los ojos del hombre.

—Hay reacción —dijo, con un dejo de alivio—. Va el diazepam, a ver si lo calmamos un poco —mientras cargaba la dosis del frasco que, como todo médico de guardia previsor, llevaba en el bolsillo del guardapolvo.

En minutos, los gritos se transformaron en gemidos apagados. El hombre iba quedando aletargado; poco a poco se atrevieron a soltarlo.

—¿Te lo llevás? —preguntó Claudia, más como una orden que como una consulta—. Con esto de las vinculaciones bajó la actividad en la guardia, y ya hace dos semanas que me sacaron a la última enfermera que quedaba. Todo por ahorrarse unos mangos de un sueldo miserable —rió, con ese nerviosismo que ya empezaba a ser marca de época—. Como los nuestros, ¿viste?

—¿Y si intentamos acomodarle el hombro? —propuso Pérsico—. Sé que es asunto de trauma, pero si lo dejamos hasta la mañana, esa cápsula la arregla Magoya.

Claudia lo miró un segundo, dubitativa. No era exactamente su especialidad y, además, si algo salía mal, el portal de auditorías del Integrador lo recordaría hasta la eternidad.

—Si vos sabés y te animás...

Pérsico recordaba la maniobra. La había visto varias veces en la residencia y la había sufrido en carne propia años atrás, cuando una ola lo revolcó en las playas de Miramar.

Ataron al hombre semidesvanecido a la camilla. Pérsico le sujetó la muñeca, apoyó el pie en la axila y tiró con todas sus fuerzas, rotando el brazo hasta escuchar el característico clack sordo del encastre.

El paciente lanzó un gemido breve y volvió a desvanecerse.

La rótula humeral había regresado a su lugar.

Solo quedaba vendar e inmovilizar el brazo contra el cuerpo.

Claudia lo miró aprobando, con un dejo de alivio y algo parecido a la admiración.

Pérsico le sostuvo la mirada un instante más de lo necesario. Recién entonces reparó en ella no simplemente como colega sino como mujer: menuda, ojerosa, gastada por las noches de guardia, y sin embargo dueña de una firmeza silenciosa que hasta ese momento no había registrado.

El pensamiento le cruzó la cabeza como una ráfaga, tan inesperado que casi le molestó: tal vez una de estas noches, más tranquila que esta, podrían conocerse un poco más.

Sacudió apenas la cabeza, como si así pudiera espantar una idea fuera de lugar.

—Está bien, me lo llevo. Después subo el informe al portal y te aviso —murmuró.

Y empujó la camilla hacia el ascensor sin despedirse siquiera.

Meterlo en el resonador fue menuda tarea.

Aunque para una fractura de pie lo indicado hubiera sido, en rigor, una simple placa o a lo sumo una tomografía, Pérsico no quiso dejar pasar la oportunidad de sumar una nueva imagen cerebral a su ya abultada colección. La sospecha de la colega sobre un posible evento cerebrovascular le brindaba, además, una justificación clínica impecable.

Pasar un cuerpo de la camilla al trineo del resonador era una maniobra pensada para cuatro personas; con tres, a veces, todavía podía resolverse. Pero Pérsico estaba solo.

Así que se las rebuscó.

Ató ambos equipos entre sí con unas vendas para evitar que se separaran y, con esfuerzo, fue haciendo rodar el cuerpo inerte del hombre hasta acomodarlo en posición.

—Acá seguimos atando todo con alambre —gruñó para sí.

Le colocó los protectores auditivos —aunque entre la borrachera y el calmante difícilmente el paciente registrara algo— y se tomó unos segundos de respiro antes de sentarse frente al monitor y pulsar start.

El equipo era vetusto, pero pertenecía ya a la generación automatizada: una vez iniciado el proceso realizaba el escaneo completo y dejaba grabada la secuencia para el análisis posterior.

Aun así, Pérsico siguió las imágenes en tiempo real.

Y una vez más aparecieron, nítidas, aquellas zonas comunes que ya le habían llamado la atención y que en su momento había compartido con su maestra.

—Acá tampoco hay nada nuevo —murmuró.

Se corrigió de inmediato: nuevo no; distinto.

Exactamente el mismo patrón que había observado en centenares de resonancias anteriores.

La diferencia, en este caso, era otra: el hombre no presentaba síntoma neurológico alguno. En la enorme mayoría de sus registros, la resonancia se había indicado frente a mareos, cefaleas, visión borrosa, convulsiones o algún otro cuadro de sospecha clínica. Aquí, en cambio, el cerebro parecía hablar solo, sin que el cuerpo acusara recibo.

Y sin embargo las marcas estaban ahí.

Repitió la acrobacia anterior para trasladar al hombre —inerte como un trapo— del resonador a la camilla y de esta a la mesa de rayos.

Una toma de frente. Otra de perfil.

El diagnóstico fue inmediato: cuádruple fractura de metatarsos en el pie izquierdo, sin desplazamiento.

Pérsico frunció el ceño y volvió a mirar las placas.

—¿Cómo diablos se hace uno cuatro fracturas así sin correr un hueso de lugar?

No encontró respuesta.

En fin, no era asunto suyo.

Subió los archivos al portal junto con el informe y firmó digitalmente.

Después volvió a ejecutar toda la secuencia en orden inverso —mesa, camilla, ascensor, guardia— hasta reencontrarse con una Claudia exhausta que acababa de despachar a los últimos pacientes.

—Ya está. Nada neurológico y las fracturas sin desplazamiento. Yo le inmovilizaría el miembro y lo mandarían para casa.

Claudia dejó escapar el aire.

—Que lo haga trauma mañana. Yo no doy más.

Pérsico sintió un impulso súbito de abrazarla, apenas como gesto de consuelo. Se contuvo a último momento; sabía que sería impropio, o al menos inoportuno.

Quedó allí, dudando entre acompañarla un rato más o volver a su sucucho del subsuelo.

—Tal vez... algún día... podríamos encontrarnos para un café —intentó, señalando vagamente alrededor, como si el hospital entero lo justificara—. Afuera de acá. Conocernos un poco más.

Ni bien lo dijo comprendió lo torpe que había sonado.

Claudia dejó escapar una risa breve, sin alegría.

—¿Conocernos?

Se apoyó en el mostrador cruzándose de brazos.

—Mirá, atiando consultorio seis días por semana en cuatro lugares de mierda. A veces ni gasas hay. Más las dos guardias acá. Y tengo una hija de siete años a la que adoro y de la que ni sé quién es el padre.

Lo dijo con una naturalidad tan cansada que a Pérsico le costó reaccionar.

—Cuando quedé embarazada había cuatro “candidatos”. — continuó Claudia marcando las comillas en el aire. —Uno me dijo que yo le habría suplicado que acabara adentro. Otro, que si se había roto el forro le reclamara a Tulipán. Y a los otros dos ni pude ubicarlos de tan en pedo que había estado esas noches.

Se encogió apenas de hombros.

—Y todo eso para comer, vestirnos y pagar el alquiler. Por suerte mi vieja me cuida a la nena. Si no, ni sé qué haría.

Suspiró.

—Así que no, Gabriel. No estoy para conocer a nadie.

Quedaron un rato en silencio.

Claudia mirando un punto fijo detrás del vidrio de admisión, pensando acaso que no era esa la vida que había imaginado a los diecisiete cuando entró a Medicina.

Y Pérsico, tironeado entre la compasión, el deseo y una vaga vergüenza por haber intentado abrir una puerta que evidentemente no existía.

Claudia volvió a hablar, sin mirarlo.

—Ahora... si alguna noche querés un rapidito en el vestuario, podría ser.

Gabriel levantó la cabeza, desconcertado.

Ella sonrió apenas; una mueca agotada.

—En general me las arreglo sola, pero cada tanto algo de compañía sirve. No mucho más que eso.

Volvió a suspirar.

—Hoy no. Estoy demasiado fundida hasta para coger.

Pérsico no contestó.

Más de una vez lo habían rechazado y no se acababa el mundo. Pero esta vez sintió algo distinto: no exactamente rechazo, sino una forma inesperada de cosificación.

Como si también él hubiese quedado reducido, de golpe, a simple instrumental de alivio.

Y esa sensación le dejó una dureza amarga trepándole por la garganta.

En ese preciso instante sonó el celular.

Lo tomó mecánicamente.

Número desconocido. Prefijo 49.

Por un segundo pensó en la Dra. Kublitz, pero no: a ella la tenía agendada, aunque jamás habían hablado por teléfono. Siempre mail o whatsapp.

—¿Hola? —atendió, con un leve temblor en la voz, tratando de adivinar en qué idioma le responderían.

Su inglés de secundario seguía en algún rincón, oxidado por décadas de desuso. Del alemán, en cambio, no conservaba mucho más que cuatro o cinco frases sueltas aprendidas en viejas películas de guerra.

—Hola, doctor Pérsico. Soy Rubén Grinberg, amigo de Vera Kublitz.

El alivio de escuchar castellano fue instantáneo.

—Espero no molestarlo. Sé que hay unas cuantas horas de diferencia, pero nunca recuerdo si son para adelante o para atrás —continuó la voz, atropelladamente cordial.

—Quédese tranquilo; acá son las cuatro de la madrugada, pero igual estoy de guardia.

Del otro lado hubo un brevísimo silencio, como si el hombre acomodara sus ideas y decidiera lanzarlas todas juntas.

—Vea, Gabriel... ¿puedo llamarlo así? No sé si Vera le habló de mí. Somos amigos desde hace años. Yo soy argentino, porteño en rigor, pero hace casi treinta que vivo en Berlín. Y estoy por viajar a visitar a mi madre... bueno, a verla, mientras todavía me reconozca —rió apenas—. La cuestión es que Vera me contó de su descubrimiento y me entraron unas ganas bárbaras de conocerlo personalmente.

Las frases salían a borbotones, como si temiera no llegar a decir todo.

—Sí... claro... por supuesto —respondió Gabriel, casi a la defensiva.

Intentó recordar si la profesora alguna vez había mencionado a un tal Grinberg. No logró ubicarlo.

—Lo que pasa es que yo estoy en Córdoba —se apresuró a aclarar—. A unos setecientos kilómetros de Buenos Aires.

—Lo sé, lo sé —lo interrumpió Rubén—. Vera me contó. Córdoba... yo la recuerdo de mis vacaciones de chico. En enero media colectividad se mudaba para La Cumbre. Mi familia también. Parábamos cerca, en un hotel que se llamaba... Zapato, Zapata... algo así.

Gabriel sonrió por compromiso, sin saber bien qué contestar.

Y entonces el nombre terminó de encastrar.

Rubén Grinberg.

Claro.

El psicólogo argentino del que Vera le había hablado en más de un correo: el que había aportado la lectura cognitiva al patrón orgánico que ambos venían siguiendo.

De algún modo, una pieza del rompecabezas.

Y sin embargo, la certeza no le produjo entusiasmo inmediato sino una vaga sensación de intrusión, como si alguien hubiera entrado sin golpear a una habitación que él consideraba propia.

—Por supuesto —dijo—. Solo que viajar a Buenos Aires se me complica un poco...

—Nada, nada —volvió a interrumpir Rubén—. Si podemos combinar, yo me acerco a Córdoba. Debe ser menos de una hora de avión.

—Bueno... si ya sabe, dígame más o menos cuándo viene, así me organizo.

—Seguramente el mes que viene. Todavía no tengo el pasaje a Ezeiza. Cuando lo confirme lo llamo y arreglamos.

Y cortó con la misma rapidez con que había irrumpido.

Gabriel quedó unos segundos mirando la pantalla apagada.

Así que este era Grinberg.

El amigo de la profesora.

Ese con el que ella había compartido el hallazgo casi desde el principio.

Sintió una punzada difícil de nombrar: no exactamente fastidio, tampoco desconfianza. Algo más áspero.

Como si, de pronto, el territorio habría dejado de pertenecerle.

Giró y encaró hacia su oficina del subsuelo. Al pasar junto a Claudia apenas la saludó con una inclinación de cabeza.